

a Istrati de toda relación con el comunismo. Desde aquí derivó, no como se ha dicho hacia un nacional-socialismo burgués, (sus últimas obras demuestran que no hay nada de eso), pero sí hacia una rebeldía menos encajada en programas determinados, anticomunista, alejada del marxismo, pero llena de una violencia que, a pesar de algunos coqueteos con el nacionalismo y el orden, dejaba una impresión anárquica, descontenta y de lucha contra lo establecido.

Las variaciones de ideología no prueban nada contra este hombre, porque su sinceridad reluce por encima de ellas, aunque siempre se le haya echado en cara esa tornatilidad como signo de inconsistencia. Por encima de todo, Panait Istrati quedará como una de las grandes figuras literarias de nuestro tiempo y su vida, como una de las más movidas, interesantes y violentamente humanas que se conocen en un novelista.

#### Disputa junto a Gide

□ ¿Quién se atrevería a criticar las variaciones anticomunistas de Panait Istrati, sin hacer lo propio, en desmedro, con las variaciones en sentido opuesto del autor de «La Porte Étroite»?... El que señala, que es capaz de creer sincera la evolución del primero, también lo es de aceptar como tal la del segundo. Acerca de cual de los dos esté más próximo en ideas a su modo de pensar, no tiene que decidirlo en estos párrafos expositivos. André Gide, es, sin duda, reconocido por sus más feroces adversarios, uno de los primeros entre los actuales escritores franceses. Para un zascandil que le llame «homme abominable», hay un Mauriac, un Fernández, un Suares y veinte más, que, frente a Gide en numerosas ocasiones, no pueden dejar de reconocer que pertenece a una categoría difícil de alcanzar en el pensamiento.

Estaba Mauriac recientemente en casa de una admiradora suya, que le había invitado para que le conocieran algunos amigos de ella y después de un gran silencio, uno de los clérigos pre-

sentés en la reunión (eran cinco), se le acercó y le dijo: — En fin, ¿hay algún problema moral, Monsieur Mauriac, que os interese y apasione más que los otros y sobre el que tendría usted gusto en hablar ante un auditorio?... Y ante la gran sorpresa de los eclesiásticos, el autor de «Therese Desqueyroux» contestó con su sinceridad ingenua: — Sí. El problema espiritual de André Gide.

Aunque no por Mauriac expresa y solamente, el problema Gide ha sido disputado, analizado y puesto en controversia, en un salón de la calle Visconti, por la sociedad denominada «Unión pour la Verité». Ante un numeroso público, entre el que se destacaban Mauriac, Massis, Guehenno, Daniel Halevy, Ramón Fernández, Jacques, Maritain, Gabriel Marcel, René Guilloin, Thierry Maulnier y el propio André Gide, que había decidido asistir sin tomar parte en los debates, comenzó la discusión y la polémica. Se disputó acerca de la obra de Gide y de sus influencias, en un tono sin asperezas ni violencias, exceptuando una intervención de Daniel Halevy, que fué corregida rápidamente por Francois Mauriac, en un tono conciliador y respetuoso. Maritain y Mauriac fueron los que, tras una larga cuestión en la que Massis se mostró duro y particularista, testificaron su admiración hacia Gide, su diferencia radical con las ideas de éste, pero la atención constante y profunda que les merecía la manifestación intelectual del autor de tanta obra valiosa y suscitador de tanto problema interesante.

Admitir todas las teorías de Gide es demasiado, porque este autor, valiéndose de su innegable gran talento, adopta muy frecuentemente posturas o situaciones, perfectamente admisibles para él y de difícil duda en cuanto a sinceridad, pero incapaces de producir un convencimiento ni de ser aceptadas a rajatabla. Empero tales situaciones, la obra entera de Gide está llena de problemas novísimos, de sugerencias valiosas y, sobre todo, de una profundidad analítica de los resortes de la inteligencia y el sentimiento, que sería ridículo negarla de una manera radical y

despectiva. La sala de la calle Visconti ha demostrado una vez más el alto espíritu intelectual de los grandes franceses.

### Las cartas de Rilke

□ Entresacadas de una edición alemana, más completa, han sido publicadas en francés las cartas de Rainer M. Rilke, escritas entre 1900 y 1911. Para el que conozca la obra de este autor europeo (checo de nacimiento, pero viajero por todas las naciones de Europa y asimilador de culturas diversas, que le dan el título de europeo), desde los sugestivos y profundos «Cuadernos de Malte Laurids Brigge», hasta el «Libro de Horas», estas cartas no pueden menos de presentar un interés copioso. Empieza esta edición con unas páginas del diario íntimo de Rilke, escrito en Worpswede, donde permaneció después de su viaje a Rusia, en 1900 y donde conoció a Clara Westhoff, con quien se casaría al año siguiente. Desde aquí Rilke se traslada a París para conocer a Rodin, del cual un editor le había encargado una monografía. El conocimiento de Rodin es de importancia decisiva en la vida y en la obra de Rainer, porque, al decir de una parte de este epistolario, todas las desorientaciones y nebulosidades que le agobiaban, las encuentra hechas materia, piedra dura y expresión viviente, en las estatuas de Rodin. Después, un año más tarde, Rilke parte de París, viaja por el norte de Europa y se escribe durante largos meses con Lou Salomé, que fué, por un día, novia de Nietzsche. Muchas de las cartas más interesantes de este repertorio están dirigidas a esta mujer. Otras cartas, desde 1904 en adelante, van dirigidas a Rodin, a Cézanne, a Clara Westhoff. En 1910 publica sus «Cuadernos» y este libro le deja agotado. La última carta que figura en esta colección es para Lou Salomé y en ella, refiriéndose a su reciente libro, Rilke manifiesta: «Este libro me ha dejado como un ser que se sobrevive, perplejo; y en lo más profundo de mi corazón, un vacío para siempre de todo propósito y designio».